

Tres semanas entre los indios Guatós

EXCURSION EFECTUADA EN 1894

POR

JULIO KOSLOWSKY

Naturalista viajero del Musco de La Plata.

Encontrándome en el establecimiento de «Descalvados» (1), en Matto-Grosso, me pareció interesante visitar la region de los pantanos de Xarayes, habitada por los indios Guatós; y aunque el momento no era propicio para coleccionar objetos de historia natural, emprendí en el mes de Enero de 1894, época de las lluvias tropicales, una excursion hácia aquellos lugares. Despues de proveerme de algunos artículos, como ser: tabaco, caña, jubon y cierta cantidad de lienzo, para cangear con los indios por objetos de su industria, partí al amanecer del día 10 del mes indicado. Como debia andar aguas abajo, no trepidé en embarcarme en una canoa, ó montería, construida de un tronco de árbol, embarcacion que solo requiere ser bien dirigida para poder navegar cómodamente.

Tuve una mañana muy hermosa; casi no se veían nubes, lo que es bastante raro en esa estacion del año, y me esmeré en no dar descanso al remo, pues tenia que aprovechar bien el tiempo para alcanzar las primeras viviendas de los Guatós antes que llegara la noche.

Como he dicho, era el tiempo de las lluvias; todos los alrededores estaban inundados, de modo que no se me presentaron á la vista animales de ninguna especie en las excursiones que á pesar del agua emprendí. Esta circunstancia me

(1) «Descalvados» es la conocida fábrica de extracto y caldo de carne del señor Jaime Cibils Buxareo, situada en Matto-Grosso, sobre el río Paragnay, á cien leguas de Corumbá, aguas arriba.

decidió á desistir en aumentar mis colecciones zoológicas y á solo ocuparme de los indios, esperando tranquilamente el momento del regreso, pues debía llegar del Sud en breves dias el vapor «Cambará», de propiedad del Sr. J. Cibils, que me conduciría á «Descalvados»; de otro modo no me sería posible volver, porque la corriente del rio Paraguay es demasiado rápida, y la distancia á recorrer considerable para poder navegar en cañoa.

Fuera de las miserables ramadas de los indios, no existe habitación alguna en aquellos parajes. El rio, entrando en los sitios bajos, pues no tiene orillas firmes que le obliguen á seguir un camino más recto, dá una inlinidad de vueltas, y en su mayor parte los camalotes reemplazan á la ribera, alternando con cortas y sobre todo angostas lenguas de tierra, que apenas se elevan dos pies sobre el nivel del agua, cubiertas de árboles y presentando en parte solamente una ó dos filas de éstos. Si el rio continúa creciendo, se cubren tambien de agua estas lenguas de tierra, y sólo los árboles indican que hay allí terreno más elevado. Hasta donde alcanza la vista no se ve más que camalotes y otros vegetales acuáticos, apareciendo de trecho en trecho claros que reflejan con sus mansas aguas el despejado azul del cielo. Estos son los conocidos pantanos de Xarayes, como los denominaron los conquistadores, y que se extienden arriba de la confluencia del rio San Lorenzo y del rio Paraguay, llegando hasta Descalvados propiamente dicho, y llenando, en la estacion de las lluvias, desde ese punto, todo el espacio entre los dos rios hasta su confluencia.

El sol es muy fuerte durante el dia en esos parajes, y á sus rayos estuve expuesto permanentemente mientras viajaba ese dia, pero como ya estaba acostumbrado, no hice mucho caso á las consecuencias que podrian resultar de mi descuido.

Por la tarde percibí la primera vivienda, cuyos moradores, una pareja de indios, se hallaban ocupados: la mujer en lavar á la orilla del rio y el marido sentado á unos pasos de ella.

Como mi cañoa no hacia ruido alguno al deslizarse, aunque manejaba el remo con energia en la superficie del agua, no se apercebieron de mi presencia hasta mi llegada. Los saludé como acostumbran ellos: «Buen dia, compadre». El indio contestó con sequedad y alguna inquietud, indicándome un tronco de árbol para que me sentara, haciendo él lo mismo. Este hombre, que despues supe se llamaba Pedro, era de robusto aspecto y podria tener de cuarenta á cincuenta años; su cara, aunque no diré que era fea, estaba surcada de lineas profundas que demos-

rabau cierta apatía por todo lo que le rodeaba. Tenía el cabello cortado en círculo, y cayéndole sobre la frente hasta los ojos, le cubría las orejas, dejando libre parte de la nuca. La escasa barba que poseen esos indios y que conservan toda su vida, consiste en una perilla que no alcanza, en su crecimiento, á más de tres ó cuatro pulgadas, y en un escaso bigote, muy raro. De mirada baja, los ojos de aquel individuo eran grandes y expresivos. El color del cuerpo era de un marrón opaco, que aumentaba de intensidad en las nalgas y las piernas, acercándose á un color cobrizo negruzco. Su vestido consistía en un pantalón, puesto de tal modo que los fundillos servían de delantal, con las piernas atadas alrededor de la cintura. La mujer era mestiza, y seguramente pertenecía á tres razas distintas. Su cuerpo era de color bastante claro para afirmar la participación del elemento blanco; su cabello crespo se dirigía libremente á los cuatro puntos cardinales, indicando la cooperación del elemento africano, y su fisonomía, como su lenguaje, demostraban la tenacidad de la raza americana en sus mezclas con pueblos exóticos. Esa mujer podría tener de quince á diez y siete años; era delgada, pero tenía el seno bastante desarrollado; vestía una pollera que solamente le cubría desde la cintura hasta las rodillas. El indio, que no sabía con qué intenciones le visitaba yo, y sobre todo, probablemente acostumbrado á no recibir visitas, me miró con bastante desconfianza. Momentos después mandó, en su idioma, á su compañera á la enramada, con palabras que denotaban cierto enojo; ella obedeció inmediatamente, no mostrándose más durante mi permanencia. La enramada, situada entre árboles á unos veinte pasos del río, estaba sostenida por dos orquetas en las que descansaba una viga que soportaba las perchas cubiertas densamente con hojas de palmeras, alcanzando el techo, á ambos lados, hasta el suelo. El interior sólo contenía unas vasijas de barro para sazonar los alimentos, y dos cueros de ciervo extendidos en el suelo, sirviendo de cama. Junto á un poste descansaba un arco y largas flechas; detrás de una puerta había un entretejido de hojas de palmera en forma de bolsa ó canasta comprimida. En estas bolsas guardan los indios las indispensables herramientas y materiales para construir sus arcos y flechas. Delante de la enramada había una lanza clavada en el suelo. Esta lanza la usan los Guatós para la caza del tigre (*Felis onca*) ó del yacaré (*Caiman sclerops*). Sobre una caña lucían un hermoso cuero de tigre y uno de gato montés, (*Felis pardalis*) que son el único producto de estos lugares con

el que pueden procurarse mercaderías. Examiné los cueros, sin uñas ni cráneo, pero que estaban bien estaqueados y conservados. Pregunté al indio que en dónde había dejado los cráneos, y me llevó á unos pasos de allí, junto á la enramada, y me indicó un monton, que en su mayor parte pertenecían á tigres; allí podría haber unos treinta cráneos de este terrible felino. A todos les faltaban los dientes caninos, menos al cráneo que pertenecía al último tigre cazado, cuyo cuero acababa de ver.

Esos indios acostumbran amontonar todos los cráneos de tigres que han muerto con su propia mano, y segun la cantidad que poseen son respetados por los demás. Le pedí el cráneo completo y unos cuantos de ciervo (*Blastoserus dichotomus*), con buenas astas, pues no los estiman ni utilizan para nada, y solamente se apoderan de las cabezas de los últimos, que las roen los perros, de los que poseen hasta seis y aun diez cada uno de ellos. Obtuve del Guató, sin inconveniente, los cráneos de ciervo, pero puso dificultades para darme el de tigre, por el que le ofrecí algo de mis provisiones, lo que le decidió en seguida á efectuar el negocio; pero cuando traté de comprarle el arco y las flechas, se negó con gran tenacidad, y nada quiso aceptar en cambio, despreciando hasta cierta cantidad de caña que le daba, diciéndome que estaba enfermo del pecho y que no podía beber. Como viera que perdía tiempo, le pregunté si quedaba lejos la próxima vivienda de los otros Guatós, y me contestó que sólo habría dos horas de viaje en canoa, y que podría alcanzar la próxima enramada con la entrada del sol. Me recomendó á su morador, que era un hermano suyo llamado Joaquín y á quien le gustaba mucho la caña. Ambos eran hijos del cacique Fernando, del que hablaré más adelante.

Continué el viaje con aumento en mis colecciones, consistente en el cráneo de tigre y varios de ciervo; además había conseguido en canje el cuero del gato montés. El Guató daba la preferencia en el cambio al lienzo. Como casi todos los demás indios, éste se mostró luego dispuesto á entrar en transacciones si le daba liencillos ó percal. Como ya era tarde, los mosquitos se mostraban fastidiosos, rodeándome á millares; me preocupaba la llegada á la próxima vivienda, tanto más que me empezaba á sentir bastante mal, pues las consecuencias del sol principiaban á manifestarse; sentía aturdimiento y las manos me ardían como quemadas, sobre todo las muñecas. Había hecho un viaje de más de dos horas y todavía nada se veía de la enramada; el sol se ocultaba, invadiendo pronto

la oscuridad. No se notaba la menor corriente de aire y toda la superficie del río formaba un espejo que solamente interrumpían, de tiempo en tiempo, los peces con sus saltos, agitando el agua. Noté de pronto un ruido bajo el fondo de mi canoa, muy parecido al redoble de un tambor, aunque no tan fuerte, pero bastante claro; inspeccioné los costados de mi montería, creyendo que fuesen ranas las que producían ruido tan extraño, pero no ví nada; la fragilidad de mi embarcación no me permitía hacer una investigación más exacta, exponiéndome á perder el equilibrio; así es que quedé ignorando hasta ahora la causa de tal ruido. La canoa producía una leve vibración, lo que duró como media hora con muy cortos intervalos. Ya estaba muy oscuro y mi indisposición aumentaba á tal grado, que estuve á punto de marearme. En estas condiciones era peligroso continuar el viaje, y busqué un sitio para llegar á tierra. Como en aquel punto la orilla estaba cubierta de árboles, no me arriesgué á pasar la noche en él por la cantidad de lieras, que buscan en tiempo de la inundación las partes más elevadas y arboladas, y que están siempre dispuestas á hacer visitas importunas, acosadas por el hambre.

Felizmente, llegué luego á un claro en donde noté varios árboles esparcidos y no tardé en desembarcar. La orilla tenía solamente un pie, á lo más, sobre el nivel del agua, y á unos veinte pasos tierra adentro estaba todo inundado. Encendí una vela para examinar el lugar y procurarme ramas secas para hacer fuego, lo que con mucha dificultad conseguí; el árbol próximo al río era viejo y tenía las ramas bastante bajas, entre las cuales armé mi hamaca; de este modo distaba unos ocho pies del suelo. Después de haber tomado un poco de té, dejé el fuego bien alimentado, como para que durase el mayor tiempo posible, me acosté con las armas entre los brazos, pronto para cualquiera eventualidad, envuelto en el mosquitero, buscando el descanso tan necesario, pero el ardor de las manos no me permitió conciliar el sueño durante largo tiempo; millares de sapos y ranas formaban un concierto en todos los tonos. Al fin me quedé dormido profundamente, haciendo caso omiso de cualquier peligro.

Cuando me desperté estaba el sol ya alto; podrían ser las ocho de la mañana. Con gran alegría me sentí libre del dolor de cabeza, no preocupándome ya nada. Mi canoa era lo que más me interesaba; la había asegurado á llave al mismo árbol en que aseguré mi hamaca, para que la casualidad, en la persona de algún indio, no me dejase en seco, ó mejor dicho, empan-

tinado, sin auxilio alguno. Despues de haber tomado un poco de té me puse en camino, con suerte, pues había amanecido con un tiempo magnífico. Las orillas, á lo largo del río, se hallaban cubiertas de árboles, formando un bosque impenetrable por la cantidad de yerbas, arbustos y epípos provistos de espinas, por lo que ofrecían un buen refugio para animales de todas clases.

Se notaban bastantes caminos indicados por los agujeros en el jaral de la ribera. Estos los hacen principalmente los carpinchos (*Hydrochoerus capybara*), frecuentados también por los demás cohabitantes del matorral, para llegar al agua en tiempo de seca. De mamíferos no se veía nada; sólo de tiempo en tiempo se oía el grito lastimero del puerco espín (*Syntherisma prehensilis*) que se oculta en el follaje de los árboles, durmiendo sobre una rama gruesa durante el día. Lo más característico, eran y son en estos parajes los aullidos del carayá (*Aotus caraya*), aullador, ó buyío (¹) de los brasileros, los que emprenden por la mañana y antes de entrarse el sol sus ejercicios de canto gutural, que recuerda el acto de hacer gargarismos. El otro factor que contribuye á animar estos desiertos desconsoladores, y con mejor éxito, son los arañuanes ó arañuanes (*Ortalis canicollis*), el yaéú caraguatá, de los paraguayos, que en bandadas de tres á cinco, á cada momento sueltan su cacareo, continuándolo con gran persistencia por largo rato, el que es contestado en el acto en la vecindad, por los demás de estos chillones. Cuando se asientan, procuran siempre hacerlo en los árboles que se inclinan sobre el río y que les deja la vista libre á gran distancia, para tener ocasion de cacarear si algo llama su atención. Lo contrario sucede con su similar, la jacutinga (*Pipile cumanensis*), que deja oír de día muy poco su voz suave y melancólica; más aún se oye el mutú (*Crao fasciolata*), que con voz trágica y grave declara su amor á la hembra.

Despues de navegar una hora larga, me apercibí de que á la vuelta de una cancha se elevaba una columna de humo, que cruzaba el río; momentos despues llegué á tierra, en donde se hallaban dos indios con sus mujeres, ocupados en el arreglo de una comida la que consistía en nada menos que en un trozo de un boa ó sucuri (*Eumeces murinus*) ó boy yaguá, de los paraguayos, cuyo sobrante colgaba de una rama, ya desprovisto

(¹) Pron. la y como j francesa.

del cuero. Me recibieron muy amigablemente, contentos sobre todo, cuando vieron que conocía el nombre del indio mayor, Joaquín. Este era de cuerpo rechoncho, de cara franca, y muy parlanchín. Me preguntó inmediatamente si llevaba caña, poniéndose contento á mi respuesta afirmativa. Los hombres estaban vestidos del mismo modo que el indio Pedro. Las mujeres tenían la pollera más larga, hasta la mitad de la pantorrilla, pero desnudo el cuerpo de la cintura para arriba. La mujer de Joaquín era baja y muy gruesa, y tendría unos cuarenta años más ó menos, distinguiéndose, como despues supe, por no haber tenido en su vida hijos, pero por lo mismo más maridos, que la dejaron por no ser apta para la procreacion, á pesar de que gran número de éstos habfan hecho experimentos al respecto, obligados por la escasez de ejemplares del sexo femenino.

El otro Guató era hijo de Joaquín, de unos veinte años y de aspecto débil y enfermizo, lo que indicaban sus manos y cara cubiertas de pústulas semejantes á la viruela, á consecuencia de picaduras de mosquitos; la muchacha, de unos catorce años, que ya he mencionado, era la mujer de éste, tambien muy atrasada en el desarrollo físico.

Joaquín no me dió tiempo para hacer preguntas, pues la idea de que yo tenía caña no le dejaba tranquilo. Con el pretexto de probar la calidad antes de empezar el canje, me presentó un porongo enorme para que se lo llenase; eché un cuarto de litro de este néctar de los indios en la vasija, la que vació en un abrir y cerrar de ojos. Su mujer calificó de egoísmo tal proceder, y con palabras de enojo reclamó su derecho en participar tambien de los buenos ratos de su marido; Joaquín se sintió conmovido y pidió más caña, pero ya para su enérgica esposa. Cedió al pedido, pues vi pronto que ella era la que llevaba los calzones, como se dice, y lo hice con la intencion de poder conseguir algunos de los objetos que fabrican, para lo que debía asegurarme la cooperacion de la mujer. Había, efectivamente, conceptuado bien, pues ella fué la que resolvió todas las cuestiones del canje, y decidió qué armas les hacían menos falta. Joaquín, conmovido por la bebida, se prestó sin dificultad, y satisfizo mi curiosidad de buen talante. Entre otras cosas me interesaba saber cómo procedían cuando cazaban jaguares, y á mi pedido hizo inmediatamente un simulacro de caza, poniéndose en accion, para lo cual debía hacer el doble papel de tigre y de cazador, valiéndose de una colmena de termitos. Con la lanza en ambas manos, teniéndola en posicion hori-

zontal y con el cuerpo encorvado, se aproximó al tigre, tomándolo de costado con la vista fija sobre el objeto; y expresando su faz gran atención y seriedad, golpeó una vez con la lanza á unos diez pasos distante del tigre, sobre el suelo, dando al mismo tiempo, con voz fuerte, un grito breve y ronco; imitando luego el gruñido del jaguar, lo que demostraba el comienzo de la alteracion de éste. Mientras gruñía, lo que duró un momento, el Guató no se movió. Luego, avanzando dos pasos, repitió la provocacion, la que acompañó con el gruñido amenazante del felino, como anunciando que estaba éste dispuesto á aceptar el desafio. De este modo avanzó aún dos pasos más, conservando siempre la misma postura y golpeando con gran agilidad el suelo, aplicando, momentáneamente despues, cortas pero bien asestadas lanzadas á la colmena, las que acompañaba con el rugido del jaguar. De este modo el indio representó con arte la caza del tigre, lucha que con frecuencia sostenia con estas fieras, combatiendo siempre cuerpo á cuerpo, lo que á veces suele resultar fatal para estos apasionados cazadores, como lo demostraban las marcas que cruzaban á manera de cintas el pecho de Joaquin, desde el hombro hasta la cintura del lado opuesto.

El Guató prefiere la lanza para cazar el jaguar, y lo provoca con su actitud, hasta que éste toma la ofensiva y carga al cazador, lo que no es tan peligroso como cuando el hombre se arroja sobre aquél. Los perros, rodeando al jaguar, dejan al cazador tomar cómodamente su posicion. El ladrido continuo de los perros hace que el tigre se inquiete y se ponga nervioso, buscando objetos sobre qué descargar su furia; de este modo se echa medio ciego sobre el hombre que no ha perdido de vista el más mínimo movimiento de su agresor. Estos cazadores nunca apoyan la lanza sobre el suelo, como acostumbran á hacerlo los paraguayos, sino que cuando esperan el ataque la tienen siempre suspendida en posicion horizontal.

Emplean otro modo de cazar el jaguar si éste se halla cerca del rio y es de noche. Tienen la habilidad de imitar el rugido del tigre con un cuerno de vaca, instrumento que preparan de la manera más fácil córtandole la punta de modo á formar un vaso alargado, de una y media pulgadas de diámetro en su parte superior, punta que cubren con la palma de la mano, aplicando la boca en la parte basal y más ancha. Imitan así el rugido del tigre de tal manera que es imposible distinguirlo del verdadero. Provistos con este instrumento siguen navegando de noche haciéndolo sonar de tiempo en tiempo. Si se halla un tigre al alcance de los sonidos, no deja de contestar.

Conforme se nota la presencia de la fiera, los indios toman posición en la orilla opuesta de donde son contestados y continúan con el atractivo; el jaguar se acerca siempre hasta llegar frente al sitio ocupado por los indios, sin dejar de contestar al llamado; y después de una corta indecisión, se arroja al agua para ganar la orilla opuesta. Este es el momento decisivo: como un ave de rapiña, se lanza el Guató en su canoa, volando sobre el jaguar, el que hace esfuerzos por escapar de tal situación. En la proa se coloca de pie el indio empuñando la lanza, mientras que su consorte, colocada en la popa, dirige la embarcación. Una lanzada basta para concluir con la vida del tigre engañado, procurando el cazador apoderarse de la cola para impedir que se sumerja su presa.

Cuando el Guató va á cazar, se envuelve antes la muñeca de la mano izquierda con una faja de algodón, para protegerla del choque de la cuerda del arco al arrojar una flecha. La faja tiene en general algo más de medio metro y como cuatro centímetros de ancho; en cada extremidad tiene hilos longitudinales, como de unos ocho centímetros, libres de los transversales; en la punta de cada uno atan un cordón compuesto del mismo material y cuyo objeto es unir la cinta que envuelve la coyuntura de la mano. Esa faja posee un dibujo parecido á una red, consistiendo en pequeñas rayas alternativas de color blanco y marrón violáceo, las que entre sí alternan en sus dos lados, siendo blanco en uno cuando es marrón violáceo en el otro. También la usan como cinturón cuando llevan pantalones.

En días de mucho sol, cuando van en canoa, los Guatós usan un sombrero de paja fabricado por las mujeres, valiéndose de las hojas tiernas de una palmera. La confección comienza por el borde del ala, siendo hecho al último el fondo de la copa, el que no es ya un entretejido, sino que representa una tapa de tres centímetros de grueso formado por las puntas de la paja que sobra y que son arregladas en forma de roseta de forma espiral.

Como era de día y me encontraba en la vivienda de mi amigo Joaquín, justo era que me ocupara de él y su círculo. Después del simulacro de caza, se enjugó el sudor, bebiendo caña para refrescarse.

La enramada en que vivía era muy mísera, y tan baja que no se podía estar de pie en ella. En medio de esta vivienda ví un objeto extendido entre dos estacas, el que al principio tomé por un pedazo de alfombra, y que formaba á modo de un tubique.

pero me había equivocado; este tejido acordonado era el mosquitero bajo el cual dormían. Tiene la forma de una bolsa, más ancha que larga, hecha sin costura, de fibras de hojas de una pequeña palmera que llaman «tucú». Lo arman entre dos estacas sujetando los dos extremos de la parte cerrada, con la abertura hácia abajo. Antes de entregarse al sueño debajo de este sudadero, introducen algunos trozos de caña abiertos longitudinalmente y colocados de manera que formen una bóveda; de este modo penetran cómodamente.

El tejido de cordones es tan grueso como el de una alfombra en sentido del largo, y los hilos transversales son mucho más finos; distan unos de otros centímetro y medio. El color de este tejido es de un gris parduzco, no teniendo este objeto más que noventa centímetros de alto, y su largo, en la parte superior, no mide más de un metro con treinta y cinco centímetros; la parte que descansa en el suelo, tiene dos metros con diez centímetros, y está adornada con flecos. Estas son las medidas del mosquitero desarmado.

Comprendía que era un buen recurso para preservarse bien de los mosquitos, pero no me explicaba cómo podían dormir allí dentro sin sofocarse. En el día se defendían de estos incómodos insectos con una especie de pañuelo cuadrado de un tejido grueso y que está atado por dos extremos del mismo lado, á modo de estandarte, á una varilla delgada de madera fuerte, cuyo destino es facilitar el manejo de la tela, la que mientras no está en función la fijan sobre el hombro izquierdo, de manera que éste entra en el espacio libre entre la tela y la varilla. La materia con que está tejido este mata-mosquitos es de algodón, el que preparan en el huso, y reducen á hilos gruesos, tiñendo despues una parte del hilo con una decoccion de cortezas, virutas ó follaje de ciertos árboles; de este modo consiguen varios colores, como ser el anaranjado, el marron, el violeta, el negro y el amarillo, con sus variaciones, las que no se pierden mientras dura el tejido. Estos colores los disponen generalmente en fajas alternadas horizontales de dos centímetros de ancho y á igual distancia entre sí, siendo á veces algunas de estas listas hechas á rayitas verticales. El mata-mosquitos lo usan de la siguiente manera: lo toman por el medio de la varilla, dan con él un fuerte impulso á la tela, la que aplican á la parte del cuerpo que atacan los mosquitos, ya sea las espaldas ó las piernas.

En el período de las lluvias nunca va un Guató desprovisto del mata-mosquitos; y no deja de ser pintoresco ver á las

muchachas llevarlo, con más ó menos gracia, en su hombro izquierdo. Cuando estuve entre los Guatós era la época en que se veían obligados á usar continuamente tal objeto; pero también emplean el recurso de sentarse en medio de un humo espeso producido por el incendio de las colmenas de termitos, que llevan á las viviendas con tal fin, despedazándolas en partes pequeñas y encendiéndolas una por una. La materia de que están compuestas estas colmenas se reduce á ceniza con gran lentitud, despidiendo un humo blanco, espeso y abundantísimo que afecta muy poco los ojos, y muy útil pues desaloja á los mosquitos. Tal era la procedencia del humo que noté cuando me acerqué á la vivienda de Joaquín, y en cuyo centro busqué refugio contra insecto tan molesto durante mi permanencia allí.

Mi huésped se presentó, de repente, con una guitarra construida por él mismo, de cinco cuerdas como todas las guitarras que usan los Guatós y los indios Chiquitos de Bolivia. El fondo, como los costudos y el mango de estas guitarras, son hechos de un solo trozo de madera, y solo la cubierta, sobre la que se apoyan las cuerdas, está pegada sobre la caja con resina del árbol «yatubá», cuyos frutos proporcionan también alimento. Las tales guitarras miden la mitad del tamaño de las españolas, no fabricándolas nunca más grandes. Después de haber templado el instrumento con rapidez, Joaquín demostró destreza en su manejo y también su talento vocal, en cuyo desempeño recordó pasajes de la reciente provocación del fingido tigre; por último se mostró digno adorador de Terpsicore, acompañando á su música y canto con saltos y pasos, y pisando en su entusiasta movimiento dos pollos de la jacutinga (*Pipile cumanensis*), que eran allí los únicos representantes de las aves, pollos que libremente andaban alrededor de la vivienda, sin demostrar el menor desco de volver á la espesura, que distaba unos veinte pasos de la misma. Después de haber cantado y bailado hasta el cansancio, este indio no tuvo dificultad en darme su guitarra en cambio de algunos objetos. Hablando del establecimiento «Descalvados», Joaquín hacía mofa de los muchachos de aquel lugar, que escapan cuando llegan los Guatós, gritando: «ven bugri, ven bugri» (vienen los bugres).

Mucho me divertí cuando imitó el modo de hablar de un viejo empleado de aquel establecimiento; lo imitó tan bien que ningún actor de teatro lo hubiese hecho mejor, pues era más fácil reproducir la voz, que la manera altanera, como lo hacía,

cuando aquél trataba con gente inferior. Yo estaba cada vez más admirado de la vivacidad de Joaquín, que no se cansaba en demostraciones para probar su talento, en general ajeno á los indios; lo único que tuve que desaprobár fué la completa sumisión que demostraba hácia su mujer, aunque tal vez no se extrañará tanto si se tiene en cuenta las muchas experiencias que tenía ella de los hombres. Conseguí varios objetos, tanto de Joaquín como de su hijo, el que me parecía muy buen muchacho. Contestábame con una risita modesta cuando le dirigía la palabra. La mujer de éste no se alejaba de su lado ni cinco pasos: estaban siempre juntos y se tenían al parecer gran cariño, á pesar de que ambos eran bastante feos.

Era ya cerca de medio día cuando continué el viaje llevando algunos productos de mi jovial amigo. El aspecto del paisaje no cambiaba; siempre los mismos inmensos esteros cubiertos de agua y de pajonales anegados, apareciendo sus extremidades á la superficie, guarnecidos con camalotes, ó los angostos matorrales, que siguen con interrupciones la orilla más elevada, pero sin alcanzar mucha elevación. Noté en varios puntos el mono aullador, el carayá, que confía su salvación á la fuga, pasando de rama en rama por los árboles cuando se cree descubierto; pero le ví siempre en partes en donde el bosque estaba reducido á una ó dos hileras de árboles, y en donde pude observar por mucho tiempo los esfuerzos que hacía para evitar el peligro. En general, observé siempre un macho negro acompañado de varias hembras de pelaje amarillo, cuyos pequeños llevaban las madres á su espalda, asiéndose con las cuatro manos del pelo de éstas cuando emprendían la fuga. Después de una navegación de cuatro horas, llegué á otra vivienda de indios Guatós; dirigí mi canoa á la orilla, teniendo que pasar por entre camalotes espesos para poder llegar á una especie de dique cubierto de agua libre de yerbas, pero rodeado de camalotes del lado del río. Allí estaban también las canoas de mi huésped. Es costumbre de los Guatós dar preferencia al lugar donde se hallan camalotes y donde forman sin esfuerzo un pequeño puerto, que impide que la corriente del río se lleve las canoas, que no acostumbran á amarrarlas, y flotan en ese dique, pasando desapercibidas hasta que se llega al sitio en que se hallan. El Guató me esperaba en la misma orilla, indicándome por donde me sería más fácil pasar entre el baduete de verdura. Después de haber llegado me condujo á su enramada, de forma tectífera como las anteriores,

junto á la cual estaba sentada en una hamaca la mujer, bastante joven, amamantando un niño; otros dos pequeños jugaban á su lado, uno como de cinco y otro como de tres años. A mi vista soltaron el llanto, calmándose únicamente despues de repetidas exhortaciones de la madre. Este Guató, cuyo nombre era Joaquín Antonio, podía tener unos cincuenta años, y era el único pariente lejano del cacique Fernando. Hablaba bien el portugués, demostrando en su conversacion que sabía tratar con gente culta y que era de comprension fácil.

De una percha cerca de la enramada colgaban varios cachos de bananas, por lo que pregunté si tenian buen bananal, á lo que contestó afirmativamente, invitándome á visitarlo. Seguí al indio, el cual, armado de un machete, me conduca al interior del bosque repartiendo machetazos á diestro y siniestro para despejar algo el paso apenas indicado. Como á cuadra y media de la vivienda subimos una colina, cuya planicie era de media cuadra más ó menos, la que se hallaba cubierta de bananas; estaba bastante desprovista, fuera de algunas plantas cortadas que ya habian dado fruta y que abonaban la tierra. En medio de algunas noté una cruz construida simplemente de dos ramas; el indio me indicó el sitio, significándome que allí su padre dormía el sueño eterno. Me descubrí delante del símbolo más noble de la cristiandad, cuya significacion no deja de respetar hasta el salvaje, aun cuando el pueblo que gobierna á estos indígenas, ha considerado que es más digna de figurar en su bandera una constelacion que el signo de la cruz.

Despues de recorrer el bananal en diferentes sentidos, volvimos á la enramada, llevando el indio un cacho de bananas maduras que me habia regalado. Como ya tramontaba el sol, me ocupé del arreglo de mi hamaca en la que me recosté; á mi frente se habia echado en la suya el Guató con sus hijos, de los que se mostraba orgulloso, mientras que la mujer se ocupaba en asar bananas. Entre las preguntas que le hice al indio, se me ocurrió decirle si habia tenido muchas mujeres; contestome que muchas, entre las cuales habia figurado tambien la actual esposa de Joaquín, la que abandonó despues de haber comprendido que era inútil esforzarse en tener hijos con ella. «Ahora, me dijo, por nada de este mundo dejaría la mujer que tengo, pues ella me ha dado sucesores, y aun espero aumentar la familia». La india se sonrió contenta al oír tales palabras. Interesándome por la suerte de sus esposas anteriores, me contestó que habfan muerto y que habían sido las hermanas ma-

yores de la mujer que ahora poseía. Demostrándole mi extrañeza por tal costumbre, me dijo que era de uso entre los Guatós dar las demás hijas al mismo yerno si moría la anterior ó no tenía hijos. La madre de éstas vivía aún y tenía su vivienda á orillas del rio San Lorenzo, en donde viven dos familias de Guatós. Cuando le pregunté que de cuántos indios se componía actualmente su nacion, me contestó, contándolos por el nombre uno por uno, que había doce hombres en todo, y con mujeres y criaturas veintisiete; el resto de un pueblo en otro tiempo numeroso, cuya disminucion data de unos decenios.

Como demostrara curiosidad por conocer las causas que habían ocasionado la ruina de la nacion Guató, me refirió que: «Cuando los paraguayos, en la guerra contra la triple alianza, tomaron á Corumbá, subió un barco armado hasta El Dorado, punto de las serranías que lindan con la parte Oeste de la laguna grande «La Gaiba», lugar habitado por los Guatós desde los tiempos más remotos. Los paraguayos invitaron á los indios á abandonar esos parajes y trasladarse al Paraguay, en donde recibirían grandes distritos sobre los rios, y muchas otras ventajas. Los Guatós vacilaron y no tomaron resolucion alguna por el momento, continuando el arreglo de las condiciones bajo las cuales probablemente aceptarían la oferta. Poco despues comprendieron que eran engañosas las proposiciones de los propagandistas y las rechazaron, de lo que resultó lo que sigue: El encargado de los Guatós se dirigia diariamente abordo del buque paraguayo para tratar del asunto; pero como pasaban los dias sin que los paraguayos consiguieran nada, éstos dudaron del éxito y resolvieron matar al enviado Guató. Cuando éste al dia siguiente se dirigió abordo, lo llevaron á la popa del buque y le mataron á bayonetazos arrojando el cadáver al agua. Los Guatós supieron este hecho inmediatamente por uno de ellos que se ocultaba en el matorral mientras el otro subia abordo, y presenció el asesinato. La indignacion fué grande y decidieron atacar á los paraguayos. Para llevar el ataque con éxito, tuvieron que retirarse aguas arriba hasta los pantanos de Xarayes, por donde pasa el rio Paraguay por un lecho muy angosto, prometiendo cierta ventaja sobre el enemigo, que tenía que pasar á descubierto entre los matorrales al alcance de sus certeras flechas sin ser descubiertos. La estratagemá era buena, sólo que los paraguayos no demostraron deseo alguno en seguir á los Guatós hasta esos pantanos, en donde les esperaban muchos males. Los infelices indios quedaron entre las garras de un adversario más terrible: la viruela. Casi toda la tribu

sucumbió atacada por esta enfermedad; pues los que hoy viven se hallaban casi todos lejos del teatro de la ruina, cazando en sitios retirados á donde no llegó la peste. De los que sobrevivieron á la ruina de la tribu solo existían dos mujeres: la de Joaquín y otra en la vecina vivienda. Sabiendo ya cuál era la causa de la despoblacion de estos parajes, pregunté sin embargo á la mujer de Joaquín. La vieja me contestó con voz conmovida y triste, asegurándome por varias veces que: «la bichiga acabó tudu tudu» (La viruela concluyó con todos); humedeciéndosele los ojos al recordár tal desgracia, pues habia visto desaparecer á casi todos en poco tiempo.

Mi huésped, al terminar su narracion, habia quedado pensativo. Un rato despues cenábamos, consumiendo con buen apetito algunas bananas asadas, dándoles yo en cambio parte de mis provisiones. Cuando hubimos satisfecho nuestro apetito volvió el indio á su buen humor habitual, cantando al son de su guitarra. Su canto era muy simple, pues se limitaba á pocas palabras referentes á mi persona, palabras que decian: «Venga tuda rapayada (rapaceada) ver á mi compadre», lo que repitió en todos los tonos y todos los pasajes. Despues de haberme fastidiado un buen rato, se retiró á descansar á su enramada, acostándose en el suelo, y quedando la hamaca desocupada durante la noche, la que se habia procurado solo para que se divirtiesen la mujer y los hijos durante el dia. Yo tambien me acosté contento de no ser paraguayo por esta noche, é hice aún reflexiones sobre éstos y el famoso Lopez, dictador de aquel país, que en busca de soldados para sus ejércitos habia contribuido á la ruina de estos indios.

El sueño se interpuso, dando fin á mis reflexiones. Al siguiente dia me levanté muy temprano, repuesto de mis fatigas por un buen sueño. El Guató salió al mismo tiempo de su enramada, y antes de dejar aquel paraje hicimos canje de objetos y artículos, entre los cuales figuraba en primera línea la caña. Noté, sin embargo, que faltaba poco líquido en la botella que le habia dado el dia anterior, lo que me expliqué, por la desconfianza que tienen todos los indigenas á los extranjeros, que no alcanzan á creer que pueda hacerse un viaje penoso á estos desiertos pantanosos con el solo fin de conseguir objetos hechos por ellos, suponiendo en general motivos poco favorables al visitante. Despues de haber adquirido datos referentes al camino, despedíme de ellos cordialmente, navegando nuevamente aguas abajo. Despues de algm tiempo llegué á un punto que me pareció favorable, é hice alto para examinar la costa,

que me llamaba mucho la atención, de donde se extendía una colina tierra adentro de treinta á cuarenta metros de largo y como veinte de ancha, y de la que el río había cortado la extremidad, en la que aparecía una línea blanca de más de medio metro de ancho. Esta raya, que despertó mi curiosidad, estaba compuesta de caracoles, la *Ampularia insularum* y la *A. canaliculata*, apareciendo también fragmentos de huesos. Reconocí inmediatamente que la colina era un *Kjökkenmödding* de las tribus extinguidas de los Xarayes, que vivían en estos parajes pantanosos cuando llegaron los conquistadores. Como estas tribus eran numerosísimas, no les bastaban los peces y yacarés, los que disminuían por la persecución continua, y aquellos ictiófagos se volvieron malacófagos durante los periodos de escasez. A los mismos indios, que contribuyeron á la formación de este cúmulo de caracoles, atribuyo también las urnas funerarias que se hallan en las partes elevadas de estos parajes; estas partes también son levantadas por el hombre y sirvieron de cementerio á los habitantes de estos pantanos. Hoy tales colinas están cubiertas con los bananales de los Guatós; y el viejo cacique Fernando me dijo, que cuando remueven la tierra en los bananales, encuentran potes con huesos humanos. A los Guatós no se puede atribuir ninguno de estos trabajos; tenían sus sitios principalmente alrededor de las lagunas *La Gaiba* y *Oberaba*, extendiéndose de allí aguas arriba del río San Lorenzo y aguas abajo del río Paraguay. La emigración parcial al río Paraguay aguas arriba en los pantanos *Xarayes*, no datará de mucho más de un siglo. Sobre el *Kjökkenmödding* se extendía una capa como de medio metro de tierra vegetal, en la cual arraigaba un árbol viejo; además había allí arbustos y un rancho abandonado que excepcionalmente estaba techado con tejas. Careciendo de instrumentos para hacer escavaciones, me vi obligado á desistír de un exámen más detenido y continué mi viaje. Los brasileros llaman *Aterradinho* á este lugar, que se halla muy cerca de la unión de los dos brazos del río Paraguay, brazos que formando una isla enorme y pantanosa, toman principio á unas leguas aguas abajo de Descalvados.

Esta gran isla es la misma de que hablan los historiadores Schmiedel y Guzman, y la que, según estos autores, estaba habitada por los indios orejones ó surucosis, que fueron exterminados por órden de Alvar Nuñez Cabeza de Vaca. Ayudados por los indios Carios, mataron los conquistadores unos tres mil hombres, llevando en esclavitud las mujeres y niños en número de

dos mil al Paraguay, á pesar de no haber dado motivo alguno y de tratar bien á los invasores. Así, hay que atribuir este *Kjòkènanodìng* á los Orejones, y no hay duda que, en las orillas é interior de esta Isla de los Orejones, se hallarán más montículos artificiales.

Las tribus de indios que habitaban las orillas del rio Paraguay, desde el grado 17 arriba, hasta el rio Jaurú y los pantanos de Xarayes, eran de buen carácter y dóciles. Se les puede reunir y distinguirlos como una gran familia, separada de las tribus vecinas, con el nombre antiguo de los Xarayes, cuyos restos representan hoy los Guatós, de los que también se distinguen por su idioma armonioso y sumamente suave, que debe estudiarse con urgencia antes que desaparezca el último vestigio de esta familia.

Por la tarde llegué á otra vivienda de los Guatós, en donde hallé una familia más numerosa que en las anteriormente vistas. Esta se componía de dos hombres adultos: padre é hijo, tres criaturas y cuatro mujeres; además se hallaba de visita un jóven de unos diez y seis años de edad, todos los que estaban sentados en el suelo, y recibieron circunspectos mi llegada. Sin tomar nota de la recepcion fria que me hicieron, me senté entre ellos y rompí el silencio. Cuando oyeron que traía caña se reanimaron y me pidieron de ella, pero les dije que antes era menester me vendiesen algunos arcos y flechas, pues de otro modo no les daría ni una gota de la bebida. Con tal condicion renunciaron á tomarla, pero esta decision duró poco tiempo; tanto era el deseo de emborracharse que se allanaron todas las dificultades é hicieron caso omiso de las razones que pudieran tener para no vender sus armas, entregándome un arco con flechas para empezar la transaccion. Ese día no quise seguir más lejos y armé mi hamaca debajo de un árbol de espeso follaje. Mientras tanto, indios y mujeres habian vaciado la botella de licor é insistian en que les diera más. Como eran muchos, cedí al pedido, pues el Guató, como cualquier otro indio, no se conforma con poco. La segunda botella produjo su efecto, y los indios se transformaron de alegres en sentimentales. Alrededor de mi hamaca se sentaron en círculo hombres y mujeres, llorando y lamentándose de la ruina de su tribu, como también de su desgracia personal. El viejo Guató me contaba que habia perdido un hijo hacía muchos años, el que sería ya hombre y guapo, si no hubiera muerto, y se quejó de la disminucion paulatina que experimentaba su nacion. Traté de consolarlos diciéndoles que es menester conformarse con la desgracia, y que su situacion podría aún cambiar con alguna circunstancia favorable que

todavía no proveían; pero el viejo me contestó que los dejase seguir en sus lamentos, pues tienen la costumbre de llorar y lamentarse cuando toman bebida fuerte, necesitando de ella, de tiempo en tiempo, para dar expansión á su ánimo, de la opresion y de los pesares que sienten. El jóven Guató que estaba de visita, sobrino del indio viejo, manifestó deseos de luchar y hacer pruebas de fuerza, y eligió al tío como contendor, y con éste comenzó á pulsar los brazos, y aunque no pudo vencer al viejo, no dejó de fastidiarle; el anciano Guató tenía el brazo como de acero, y ni una pulgada cambió su postura, á pesar de que el muchacho trataba de doblarle el brazo con ambas manos; el indio sonreía levemente cuando los esfuerzos de su jóven pariente eran infructuosos.

Mientras duró la lucha, la mujer del Guató buscó el medio de calmar el ardor del muchacho, diciéndole continuamente: «No brinca mi fil, tu tío es muito velho, no brinca». El muchacho, alterado por la imposibilidad de vencer al viejo, buscó otro adversario, y lo tuvo en la mujer jóven del hijo mayor del viejo, muchacha de unos diez y siete años, la que aunque de cara simpática y de cuerpo delgado, tenía mucha fuerza. La lucha comenzó abrazándose ambos, y un momento despues rodaban por el suelo, consiguiendo la muchacha, que era más fuerte, sujetar al muchacho en el suelo; éste, viéndose vencido, se asió con una mano del cabello de la india, buscando por este medio vergonzoso aventajar á su contrincante, pero la muchacha, á pesar de sufrir mucho, no cedió é hizo lo mismo, tomando al muchacho por el pelo, obligándose ambos á una posicion muy incómoda, porque cogidos de la cabellera descansaban la cabeza sobre el suelo. Cuando ví que ya el juego pasaba los límites de lo razonable, invité á los demás indios á que separasen los combatientes, pero me dijeron fleumáticamente que eran hermanos, y que siempre, cuando el muchacho llegaba de visita, no dejaban de comparar sus fuerzas. Al fin, el marido de la valiente muchacha hizo cesar esta diversion repugnante. El hijo menor del viejo indio, de unos doce años de edad, de cabeza cuadrangular y con el pelo cortado sobre la raíz, se divertía mientras tanto con el cuerno que emplean para atraer los jaguares, imitando con gran habilidad el rugido del felino, lo que dió lugar á que los perros, que eran muchos, lo rodearan ladrando desesperadamente, produciendo un barullo ensordecedor, insoportable para oídos no acostumbrados.

Antes de recogerse á sus viviendas, todos los indios se bañaron, con el objeto, decían, de refrescar la cabeza; las mu-

jeros lo hicieron tambien á alguna distancia, detrás de unos arbustos, buscando despues cada uno su lecho. La noche pasó casi sin novedad, prescindiendo de que los perros perseguian, á veces, con sus ladridos algun animal que habia osado acercarse á las viviendas, y de que algun Guató purgaba las consecuencias de la borrachera en la orilla del rio. Al dia siguiente los indios se levantaron de bastante mal humor; tenian malestar de cabeza y con ese motivo se arrojaron al rio para mejorar su estado físico y moral. Despues comenzaron poco á poco á ocuparse de los trabajos á que les obliga la necesidad, yendo el viejo Guató, acompañado de la mujer, á pescar con anzuelo. Mientras que la mujer, colocada en la popa, dirigia la canoa, que dejaba bajar con la corriente, el hombre golpeaba muy amenudo el agua con el anzuelo de cuerda y caña corta, parecido á un látigo. Como cebo empleaba frutas verdes de la pequeña palmera «tucú», de tamaño un poco mayor de la guinda. En menos de media hora volvieron los pescadores trayendo catorce magníficos pacús, (*Myleles edulis*), de los que hay aquí gran cantidad. Á su llegada, fueron rodeados de toda la familia en la orilla del rio, donde el jefe repartió la presa, retirándose luego para ocuparse del arreglo de la comida, que consistia en cocer los pescados en una olla de barro, y en huevos de yacaré, cocidos al rescoldo. Colocan los huevos sobre la ceniza, abiertos en una de sus extremidades, hallándose ya preparados para ser comidos cuando el contenido comienza á salir de la cáscara. Este plato proporciona gran contento á los Guatós. Yo tambien recibí mi parte, que consistió en un pacú, que comí asado, forma en que es muy agradable al paladar.

Despues del almuerzo, el hijo mayor del viejo se ocupó en la construccion de un arco. El material empleado consistia en una raja de la palmera «carandá», que llaman en el Chaco palma negra. Con un gran cuchillo, confeccionó el arco en corto tiempo, encerándolo despues con cera negra, producto de los abejas selváticas. Concluida la operacion, cubrió al arco con la corteza delgada, pero muy resistente, de un bejuco ó cipó de los brasileros, que cortan en tiras largas de tres milímetros de ancho. Queda tan bien envuelto el arco, que solo en las extremidades se puede ver la madera empleada en su construccion; la cera contribuye á fijar las tiras de corteza. Lo que da mas trabajo en la terminacion del arco, es la cuerda que se hace de las fibras mas finas de las hojas del tucú, y cuya fabricacion incumbe á las mugeres, que emplean mucho tiempo en su preparacion. El arco tiene en general un largo

de dos metros con veinte y cinco centímetros y el diámetro de la parte mas gruesa, tres y medio centímetros. La cuerda mide siempre mas de medio metro mas que el arco, atándose el sobrante á la punta de éste, hácia su parte media, y de un solo lado, que es el que llevan en el aire cuando tiran. Las flechas que hizo el indio, despues de haber concluido el arco, eran compuestas de las siguientes materias: para las astas empleó los pediculos de una caña, poco resistente, que crece en las orillas bajas del río, y que se recomienda por su ligereza, y para cuya construccion cortó trozos de un metro hasta metro y medio de largo, al que se ajusta, por medio de tiras de dicha corteza, una pequeña astilla delgada de cuarenta y cinco centímetros de largo en una de cuyas extremidades se pegan las puntas, que son de hueso, hechas del radio del yacaré, el que, cortado de siete centímetros de largo, se une con la resina del árbol «yatubá». Estas flechas son de dos metros mas ó menos de largo y tienen dos plumas fuertes atadas en la parte basal con hilo de algodón, que enceran en parte, formando anillos alternativos de color blanco y negro. Esta clase de flechas sirve para la pesca y tiene el aspecto de un arpon. Las flechas para la caza difieren de las empleadas en la pesca solamente en la forma de la punta, que hacen de caña tacuara y que tiene generalmente veinte y ocho centímetros de largo, por cuatro de ancho en la parte basal; los dos filos que tiene son sumamente cortantes y su aspecto es el de una lanza. Al mismo tiempo que presenciaba yo la construccion del arco, observaba la fisonomía del jóven indio, el que tenia dispuestos los ángulos de los ojos semejantes á los de los mongoles.

Las mujeres se ocupaban, mientras tanto, en la fabricacion de potes de diferentes tamaños, empleando como material el fango del río, que conducian en una coraza ventral de yacaré, la que tambien emplean entre los objetos de su vajilla pobre, haciendo las veces de una fuente. El barro ó fango lo trabajan bien con las manos, en rollos, los que son agregados unos á los otros por presion de los dedos. El objeto manejado de este modo, adquiere la forma de una espiral ascendente, correspondiendo á la parte media el diámetro mayor, y toma el aspecto, por la impresion dejada por los dedos, de una soga arrollada. Cuando han dado, de esta manera, forma y tamaño al pote, lo raspan y alisan con una concha, tanto la parte externa como la interna, hasta que consiguen el grosor deseado de las paredes, las que en general son muy delgadas. Ponen despues la vasija á la sombra para que se seque.

Cuando está seco el pote, amontonan hojas y ramitas delgadas y secas á su alrededor, lo que proporciona un fuego de poca fuerza y duracion. Diez minutos es lo mas que dura la llama, quedando el barro cocido y la vasija pronta para el uso. En el árbol, debajo del cual trabajan las mujeres, habia una numerosa colonia del pájaro *Cassicus persicus*, el «japuirá» de los brasileros. Estos pájaros, tan hermosos por su plumaje, daban un aspecto animado al lugar, siempre inquietos, ya llevando comida á sus crias, ya arrojando de su casa con gritos y chillidos á un vecino descarado. Se hallaban en el suelo algunos pichones que los indios habian bajado para domesticarlos, y que saltaban alegres por entre la gente y los perros, no alejándose mucho del sitio y comiendo lo mismo que comian sus tutores. Además de estos pajaritos, se veian allí dos «mutús», que no daban señales de querer volver al bosque espeso; por el contrario, parecia que buscaban la sociedad de los indios, sobre todo la de las mujeres, con las que demostraban tanta confianza que se les subian á las faldas para poder extraer los insectos de su cabello, á lo que éstas se prestaban muy gustosas.

El muchacho que la noche anterior habia provocado el alboroto entre los perros, se divertía, ya con una flauta, hecha de un pedazo de tacuara, sin estrangul. y de la que sacaba solo tres notas sucesivas, ya con su arco, cuya flechas, mas pequeñas que las de los indios adultos, tenian, en vez de una punta aguda, un pedazo de madera piriforme, las que arrojaba á los pájaros que se asentaban en los árboles próximos. Flechas semejantes usan tambien los Guatós para bajar las frutas de los yatubás. La extremidad de esta clase de proyectiles es roma y circular y de tres á cuatro centímetros de diámetro.

Al tercer día de mi llegada, el Guató que el día anterior habia fabricado el arco, construyó un remo de forma elegante, empleando la madera dura de árbol «loro», y terminándolo en algunas horas de trabajo. Las palas de remar que emplean estos indios varian de tamaño, pero la que mas usan mide 70 cm. de largo por 26 $\frac{1}{2}$ cm. de ancho.

Estos remos son muy buscados por los brasileros y por los que poseen canoas, por su excelente construccion, no consiguiendo los carpinteros de aquellos pueblos construir otros que posean todas las ventajas del remo Guató. En ese día me despedí de mis huéspedes y continué viaje aguas abajo.

La navegacion duró unas cuatro horas, en cuyo tiempo el panorama no cambió de aspecto. Observé algunos «chajás» (*Chauna chavaria*) asentados en los árboles ó arbustos diseminados en

los puntinos, que no cesaban de hacer oír su voz á mi paso. De trecho en trecho se deslizaban por la superficie líquida los esbeltos sambullidores, el «mergullon» (*Phalacrocorax brasiliensis*), y el elegantísimo «higuá» (*Plotus ahingha*), los que con gran agilidad se sumerjian al acercarme, serpenteando su largo y delgado cuello fuera del agua. Por la tarde llegué á la vivienda del cacique, la que se hallaba en medio de un pequeño bosque. La entrada del río, que daba acceso á estas enramadas, se hallaba, como la que habia dejado, cubierta de camalotes.

Cuando quise penetrar en ella, se aproximó un viejo indio, encorvado por la vejez, y con voz benévola me indicó la entrada y el sitio en que podía dejar mi canoa.

Desembarqué y le seguí, sentándonos bajo un árbol coposo, debajo del cual se hallaban los demás miembros de la familia. El anciano era el conocido cacique de los Guatós, el viejo Fernando. Despues que terminaron los saludos, pude examinar uno tras otro á los circunstantes. Principiaré con un lijero retrato del cacique. Este anciano de barba y cabellos blancos, aunque encorvado por la avanzada vejez tenia el tronco bastante robusto, sobre todo el pecho que era ancho, y de fuertes hombros. Su cara inteligente y grave, que le daba un aspecto venerable; su nariz, aguiluña, no era exagerada siendo su cara simétricamente proporcionada; tenia la vista turbia, pero, segun decia, veia bien á cortas distancias; su frente parecia muy alta á consecuencia de ser algo calvo, pero vista su cabeza de perfil, se notaba que era tan larga como ancha, y la bóveda craneal era elevada; su mirada era franca y abierta, no teniendo ese aire de desconfianza que caracteriza á los indios de esta zona. Formaba contraste la parte inferior del cuerpo, principalmente las piernas, muy débiles á consecuencia, sin duda, de que siempre viajan en canoa y si emprenden excursiones á pié, tierra adentro, para cazar ciervos ú otros animales, éstas son siempre de poca extension.

Este viejo estaba sentado sobre un cuero pelado de ciervo, estendido en el suelo, sitio que ocupó mientras permanecí allí, siendo su ocupacion principal espantarse apáticamente los mosquitos con el mosqueador, hecho del tronco de una palmera de fibras filiformes y suaves, pues le faltaban las fuerzas para manejar el trapo «mata-mosquitos». A su lado tenia siempre encendido un pedazo de colmena de termitos, y su arco y flechas recostados en el árbol, armas de las que, aunque nunca las usaba, no queria apartarse, teniéndolas á su lado para recordar sus pasados tiempos, cuando, decia, combatia virilmente con

los Coroados y los tigres. Los demás indios Guatós que habitaban aquel lugar eran todos hijos de Fernando; teniendo el menor de ellos unos veinte á veintidos años de edad. Este se llamaba Chico, y era un joven bien formado y buen cazador; parecía ser el preferido del anciano padre. El penúltimo hijo era menos desarrollado de cuerpo, poseyendo como mujer la india más hermosa que he visto allí. Las facciones de esta india eran tan suaves y los ojos tan expresivos, que una mujer blanca pasaría por hermosa con estas dotes; era delgada y de elevada estatura, siendo su cuerpo gracioso y de una simetría completa, y aunque estaba en estado avanzado de embarazo, no perdía casi nada de lo agradable de su aspecto. Tenía tres hijos, el mayor, de seis años, y á pesar de estar casada hacía ya tanto tiempo, no había perdido esta mujer ni su hermosura, ni su frescura.

La segunda, en belleza, de estas mujeres, era la hija del cacique; muchacha robusta, de seno muy desarrollado y cuyos redondos brazos sabían manejar tan bien el remo como la lanza, si se ofrecía la ocasion; era aún soltera á pesar de los veinte años que tenía, estando dócilmente sometida al gobierno de la madre. Esta muchacha rara vez hablaba, y nunca en portugués, á cuya lengua dan la preferencia únicamente cuando estan ébrios, cuando se insultan, pues su idioma no es rico en adjetivos. La madre de los jóvenes y mujer del cacique era ya vieja y canosa, aunque carecía completamente del aspecto desagradable de las indias viejas; la expresion de su cara era tan benévola como la del anciano Fernando. Las otras dos mujeres, que se hallaban de visita, con sus maridos, que como he dicho, eran hijos mayores del cacique, eran feas, aunque por sus acciones y palabras denotaban tener buen corazón; una de ellas cuidaba solícita de una macaca «carayá» con su cachorro, los que no se apartaban de su dueña.

Cuando esta india subía á la canoa, sentaba la macaca sobre uno de sus hombros, y cuando se ofrecía la ocasion, ésta le revisaba la cabellera con gran esmero, expurgándola de los parásitos y ayudándose á veces hasta con los dientes. De los hombres, el que más llamaba la atencion, era el hijo mayor de Fernando, llamado Mané, por la falta de cuatro dedos en el pié izquierdo, reliquia de un combate terrible con un tigre. Tenían estos hombres el cuerpo bien desarrollado, como la mayor parte de los de esta tribu, llamando sobre todo la atencion su pecho y hombros, cuyo desarrollo atribuyo al manejo de los grandes y

fuertes arcos, que necesitan de una fuerza enorme para ser bien manejados, y cuyo uso es una gimnasia permanente desde la más tierna edad. La conversación versó, naturalmente, sobre sus intereses, y todo lo que está al alcance del criterio de un salvaje. El viejo Fernando se interesaba por el propietario de Desealvados, habiéndome ya preguntado desde mi llegada si se hallaba todavía allí y cómo estaba su salud, pues tenía sentimientos de gratitud hacia este señor, debido á los generosos regalos que de cuando en cuando recibía de él. Yo tenía que poner mucha atención para comprender lo que decía el anciano, pues ya su palabra era poco comprensible y la voz muy baja; sin embargo, me propuse obtener todos los datos posibles, de este viejo guerrero, último sobreviviente de los que tomaron parte en las guerras sostenidas contra los indios Coroados. El día lo pasé en hacer conocimiento con mis huéspedes, dejando para los días siguientes las preguntas que podían serme de interés. Mucho antes de ir á dormir, se sentaron los indios debajo de un árbol, sobre una canoa en construcción, y entablaron una conversacion en voz baja, algunos fumando cigarrillos de paja, hechos por ellos mismos, oyéndose de cuando en cuando la risa corta de alguno, promovida por el narrador.

También las mujeres, formando un grupo aparte, tenían su tema de conversacion. El anciano Fernando no tomaba parte en ella, ocupando, inmóvil, su sitio habitual sobre el cuero de ciervo. Al fin se levantó retirándose á la enramada con sus armas y su cuero. Inmediatamente se levantaron los demás, buscando cada uno su lecho, que consistía en un cuero extendido en el suelo, agregando un mosquitero de fabricacion propia, en forma de toldo. Tenían dos enramadas; en la vieja y mas pequeña dormía el cacique Fernando con su mujer y su hija; en la otra, espaciosa, construída por los mas jóvenes de los indios, pero que poseía solo un techo colocado sobre postes elevados, dormíamos el hijo y yo, el muchacho en el suelo y yo en mi hamaca. Los demás indios habían erigido sus mosquiteros toldiformes debajo de los árboles, sin duda para estar así separados y menos incómodos. Durante la noche observé que de vez en cuando salía algún indio de su mosquitero para tomar aire, y, mientras permanecían afuera, encendía un trozo de colmena para descansar, libre de los mosquitos, haciéndose aire con el mata-mosquitos; despues de un cuarto de hora se metía otra vez debajo de aquella especie de sudadero. Yo tampoco dormí bien, pues creía oír claro el movimiento de las ruedas de un buque á vapor á distancia, por lo que me acerqué á la orilla, creyendo fuera el vapor

«Cambará» que se acercaba, pero reconocí que eran los gritos de ranas y sapos reunidos en los pantanos inmensos, y cuyas voces, así, al unísono, llegaban hasta nosotros. No era la primera vez que me engañaban las voces del desierto; había ya en otros de mis viajes, experimentado casos en los que, de pronto, oía sonidos monstruosos, que me erizaban el cabello y estremecían la piel, y que al fin resultaban ser los sonidos que producía algún insecto indefenso, mientras que el peligro verdadero es mudo y por lo mismo más terrible. Una vez me perdí en un bosque inmenso, viajando en el norte del Paraguay; llegó la oscuridad y tuve que pasar la noche en el monte. De pronto creí oír á cierta distancia que me llamaban por mi nombre; contesté con alegría, y seguí andando en la dirección de donde venía la voz, un largo rato; al fin comprendí que nadie podía saber que me había perdido, ni aún que me encontrara en aquel sitio, para tomarse la molestia de buscarme. Es probable que fuera la voz de un pájaro nocturno.

Antes de acostumbrarse á los extraños sonidos del desierto, éstos producen un efecto repulsivo, pero cuando uno se ha habituado á ellos, mas bien atraen. Por la mañana fui despertado por la gritería de cotorras (*Myopsittacus monachus*), que habían edificado su nido enorme sobre un árbol cercano, ocupándose á esa hora en procurar comida á sus chlicucelos.

Cuando me levanté, se acercó el viejo Fernando á saludarme, preguntándome cómo había pasado la noche y si necesitaba algo; le agradecí su atención, y se retiró á su sitio acostumbrado. Chico salió á cazar en canoa, mientras que la mujeres hilaban el algodón. El modo de tejer que emplean es muy sencillo: consiste en hilos colocados horizontalmente entre dos estacas entre las que introducen con los dedos hilos verticalmente. Llegamos á la hora del almuerzo, que se componía de bananas verdes y espigas de maíz, ambas cosas asadas. Me informé del viejo Fernando si también poseían antes lanzas con las puntas de fierro como las que ahora usan, y me dijo que en otro tiempo no las conseguían tan fácilmente como al presente, pero que las hacían de un fémur de jaguar, formando una punta de lanza, que empleaban para la caza con igual éxito que el que obtienen hoy con las puntas de fierro hechas en Corumbá. Este indio conservaba todavía una de aquellas lanzas, que hacía ya muchos años había usado, que me cedió sin dificultad alguna. Se compone de un palo de metro y medio de largo, en cuya extremidad está ajustada una punta de lanza de hueso. El palo representa la mitad del asta, que se ha roto, pero la

punta se halla en excelente estado de conservacion; esta punta posee dos filos cortantes que se unen en punta aguda, la que sin duda pudo prestar buen servicio para la caza.

Al presentármela reconocí con gran satisfaccion el valor etnográfico de la pieza.

Esta punta posee un largo total de diez y ocho centímetros, y es la última punta de hueso que se conservaba entre los Guatós.

Las puntas de las lanzas que actualmente usan, son de unos veinte á veinticinco centímetros de largo; teniendo, algunas, la hoja de seis centímetros y más de ancho, las que están ajustadas sobre astas de madera dura de tres metros de largo, astas que son muy gruesas, teniendo hasta cinco centímetros de diámetro. A pesar de este grosor sucede á veces que el tigre logra romperlas.

Después de mediodía volvió Chico con un yacaré adulto que habia logrado cazar. Se aproximó el anciano padre para examinar la presa; su cara se iluminó cuando vió que el yacaré estaba gordo y era muy grande, y toda la familia se reunió á su alrededor, comenzando á descuartizarla con gestos y demostraciones de contento. Las patas y la cola fueron reservadas para la comida; del vientre sacaron únicamente la grasa de la que habia unos seis kilos por lo menos. Lo demás lo abandonaron á los perros, los que hambrientos, se tragaban ávidamente la carne del yacaré, reservándose el mas fuerte el derecho de comer solo hasta saciar su apetito. Tampoco salió con el estómago vacío el «tuyuyú» (*Micteria americana*), el que, como todos los jóvenes, se hallaba en frecuentes apuros por el hambre. Este pájaro es una amenaza continua, queriendo devorar cada objeto que le parece comestible, y con su risa estúpida persigue al que vé que lleva comida ó cosa que se le parezca en las manos.

Las mujeres, que empezaron á preparar la comida, colocaron una olla de barro con agua, de dimensiones enormes, sobre un gran fuego y cuando hirvió el agua echaron pedazos de la carne del yacaré hasta colmarla. Mientras se cocia la comida se ocuparon en pelar bananas verdes y pisarlas en un mortero de madera.

Cuando el manjar estuvo cocido, echaron en el caldo sal y gran cantidad de ají silvestre; luego sacaron la carne y la pusieron en un pote llano, agregando al caldo las bananas pisadas, que revolvián con una especie de espátula de madera, hecha á propósito, hasta que el líquido quedó espeso, tomando el aspecto de la harina mezclada con agua, á la que las bananas pisadas reemplazan.

Todos los Guatós, grandes y chicos, se sentaron alrededor del pote, comiendo llenos de gozo, en el más profundo silencio. Cuando desapareció la carne de yacaré, atacaron la sopa, de la que se servían en valvas de moluscos.

Después de la comida el contento fué general y yo lo aproveché para hacerle preguntas al viejo Fernando sobre la guerra de los Guatós con los Coroados. Lo que me contó se puede resumir en lo siguiente: la guerra tuvo origen, como casi siempre sucede entre los indios, en el asalto dado por los Coroados á una ó varias familias de los Guatós, matando á los hombres y también á veces á las mujeres, si es que no preferían llevarlas como prisioneras. Luego que los Guatós se apercebieron de la invasión, se reunieron, y después de muchos combates consiguieron arrojar al enemigo, el que á veces llegaba en gran número, y entonces se libraban combates sangrientos; en otras ocasiones asaltaban tal ó cual familia, retirándose en seguida. Los Guatós trataron entonces de vengar á sus muertos, lo que consiguieron invadiendo á su vez la comarca de los Coroados, en donde se procuraron numerosos cautivos por medio de sorpresas y asaltos imprevistos á los enemigos que habían muerto personas de su tribu.

Después del buen éxito de la campaña, regresaron con los prisioneros, los que fueron condenados á muerte y ejecutados cada uno sobre los mismos lugares en que había muerto un Guató, procurando así paz al alma del difunto. Pero como siempre quedaban algunos por vengar, la guerra naturalmente nunca cesaba, contribuyendo esto á la disminución de los Guatós, que eran una tribu menos numerosa que la de los Coroados que se caracterizan por su crueldad notoria.

Hace poco años, asaltaron los Coroados á un médico que se hallaba con su familia cerca de Cuyabá, y después de haber muerto á los peones se apoderaron del médico y de su esposa, la que tenía una criatura de pecho; los ataron á un árbol y ejercitaron su destreza tirando al blanco con sus flechas sobre ellos. La gente que llegó en su auxilio, llamados por un muchacho que logró escapar, encontró los cuerpos acribillados á flechazos, habiendo algunas flechas atravesado madre é hijo. Este hecho bárbaro se conserva aún latente en la memoria de los habitantes de Matto-Grosso, los que, sin numerosa escolta, no osan pisar las comarcas en donde habitan los Coroados; á éstos llaman vulgarmente los Brasileiros « bugres », aplicando esta denominación también á otros indios salvajes, como los « Boto-cudos », etc.

Pero ya hace muchos decenios que no combaten estos indios, ni se hacen la guerra, siéndoles imposible á los Coroados llevar á cabo invasiones, pues el camino propicio para estas empresas, el río San Lorenzo, está surcado por vapores, que seguramente impedirían tales excursiones de guerra. Los Guatós, en número tan reducido como se hallan al presente, se dedican á ocupaciones pacíficas, como ser la construccion de canoas y á la pesca, sirviéndose de la caza de jaguares para conservar el temple guerrero de sus antepasados.

A mi pregunta de si tambien tuvieron guerra con sus vecinos de la costa del río Paraguay, los indios «Bororós», me contestaron negativamente, lo que no era extraño, pues no tienen contacto con estos indios, habiendo siempre estado absorbida su atención por los Coroados, que les daban bastante que hacer. Me causó interés el saber del indio que los Bororós tuvieron en tiempos pasados conflictos con los Guaicurús y con los Guanás, indios que habitaron mas abajo de los fortines Coimbra y Albuquerque, sobre el lado derecho del río Paraguay y que subian este río, en canoas, para robar las mujeres de los Bororós, pero que generalmente salian mal en sus empresas, matando á veces los Bororós hasta el último invasor. Deseando conocer las ceremonias funerarias que observan los Guatós cuando muere algun miembro de la tribu, supé que el entierro del difunto se efectúa sin mas ceremonia que la de lamentar su pérdida. El luto parece que corresponde solo á las mujeres, las que se dejan muy corto el cabello cuando el muerto era su compañero, no debiendo casarse otra vez; lo que me parece dudoso al presente. Si muere un hijo, la madre se corta el pelo solo hasta la mitad del largo. Sobre sus bailes ceremoniales solo he deducido de sus escasas respuestas, que los celebran alrededor de la vivienda, observando el orden de hilera en que toman parte, tanto hombres como mujeres, acompañándolo con una especie de canto.

Me hallaba un día descansando en la hamaca debajo del mosquitero, cuando fui sorprendido por un canto muy particular, que consistia en tres exclamaciones seguidas y repetidas tres veces; escuché por entre mi mosquitero, oyendo llegar las voces desde la orilla del río y luego ví al anciano Guató con uno de sus hijos, ambos parados y con la mirada fija en el río. Antes que me explicase esta singular actitud, apareció una canoa con algunos indios que llegaban de visita. El canto era pues el saludo de los Guatós que empleaban cuando se reunían: he tenido oportunidad de oírlo por segunda vez en iguales circunstancias mientras estuve entre ellos. Luego que terminó

la cancion, regresó el viejo Fernando á su sitio habitual, no teniendo ya lugar otro saludo cuando las visitas estuvieron en tierra.

Los visitantes traian un yacaré de regalo, el que fué inmediatamente preparado para ser comido.

En ésta se repitieron los mismos procedimientos que en la comida anterior. Terminada que fué, se reunieron las mujeres en sitio apartado y comenzaron á revisar la cabellera de los visitantes, mientras que los hombres se comunicaban mutuamente sus novedades.

En circunstancias análogas á la presente, siempre observé que el anciano cacique nunca dirigia la palabra á nadie; permanecia siempre sentado sin decir nada, y solo se levantaba de su asiento para acompañar á los demás á sentarse junto á la olla.

En un día que se hallaba toda la familia ocupada en la preparacion de la comida, se produjo una fuerte lluvia; todos se refugiaron bajo el techo de la misma enramada en que tenia mi hamaca, llevando consigo las vasijas en que se cocia la comida, menos el gran mortero con las bananas pisadas, de las que nadie recordó; pero cuando ya caia la lluvia á torrentes, el marido de la india hermosa se apercibió de la falta y con gesto iracundo maudó á su mujer que entrara el pesado mortero. La pobre india, media desnuda, temblando de miedo ante su dueño, no tardó en recojerlo. La noche la pasamos todos en la misma enramada, y pude entonces oír que la india se quejaba con suspiros reprimidos de dolores en la matriz, á consecuencia de que en su estado avanzado de embarazo, habia cargado el mortero. El marido parece que trataba de disimular estas manifestaciones de sufrimiento, pues cada vez que la mujer no podía sofocar algun suspiro, tosía éste para disimular la queja.

Pregunté un día al viejo Fernando por qué su hijo menor no se habia casado aún, siendo como era adulto, robusto y trabajador, pues él solo habia construido la enramada grande y ningun otro indio poseia una casa tan espaciosa. Me contestó que Chico habia ya solicitado la mano de una muchacha, pero que cuando la pidió á sus padres, éstos se pusieron *bravos*, por cuyo motivo estaba aún sin mujer.

A mi llegada á este paradero habia ya concluido mis provisiones, tanto las que llevaba para mi mantencion, como las que destiné para el cange por objetos de los Guatós; y á pesar de ésto, fui bien tratado por esta familia, de la que no tuve queja alguna mientras estuve en su compañía.

Mi comida consistió durante mas de dos semanas en espigas de maíz, asadas con la chala, y en bananas verdes, prepa-

radas á la manera de los indios; siendo este el único alimento que tenia, pues éstos no poseian anzuelos para conseguir pescados. Cada mañana, al regresar las mujeres del pequeño maizal con su provision, me traian cada una de ellas dos espigas, depositándolas una tras otra, junto á mis piés; en esta manifestacion, la linda hija del cacique era siempre la primera.

Una mañana oimos el movimiento de las ruedas de un vapor; era el «Cambará» que llegaba de regreso. Hice mis preparativos y me despedí de mis huéspedes. Éstos indios, entre los que habia vivido dos semanas, me hicieron la despedida mas cordial. El anciano Guató me regaló unas flechas como un recuerdo de amistad; á Chico lo llevé conmigo al establecimiento para entregarle algunos regalos para él y otros miembros de su familia.

Cuando el vapor se puso en movimiento, continuaron muchos de los indios saludándome con las manos hasta llegar á una vuelta en que los perdí de vista.

Al siguiente día por la tarde llegamos á Descalvados, en donde me consideraban muerto en los pantanos.

Todos los objetos etnográficos que recogí en esta excursion á los pantanos de Xarayes, se conservan en el Museo de La Plata. Figuro aquí algunos de los más interesantes.

EXPLICACION DE LAS LÁMINAS

OBJETOS ETNOGRÁFICOS DE LOS INDIOS GUATÓS

LÁMINA I. — Fig. 1. Lanza con punta de hueso del fémur de jaguar. — Fig. 2. Remo hecho de loro (Arbol). — Fig. 3-4. Flechas para la caza. — Fig. 5-8. — Flechas para la pesca. — Fig. 9. Arco de carandá (palmera). — Fig. 10. Faja para proteger la mano del choque de la cuerda. — Fig. 11. Mosquitero. — Fig. 12. Trapo para defenderse de los mosquitos. — Fig. 13. Bolsa guarda-útiles de hojas de palmera. — Fig. 14. Sombrero de paja. — Fig. 15-16. Guitarras. — Fig. 17-18. Cucharas. — Fig. 19. Fibras de tacú (palmera). — Fig. 20. Resina de yatoba en forma de pan. — Fig. 21. Cántaro para agua.

LÁMINA II. — Fig. 1. Tejido del trapo para matar mosquitos. (Tamaño natural). — Fig. 2. Tejido de la faja que protege la mano. (Tamaño natural). — Fig. 3. Tejido del mosquitero. (Tamaño natural). — Fig. 4. Fondo de la copa del sombrero. (Visto de fuera, tamaño natural). — Fig. 5. Entretejido del ala del sombrero. (Tamaño natural). — Fig. 6. Punta de flecha de hueso de yacaré para la pesca. (Tamaño natural). — Fig. 7-8. Puntas de flechas de reserva, vista del costado y vista de perfil. (Tamaño natural). — Fig. 9-10. Punta de lanza del hueso de jaguar, visto de frente y de costado.

LÁMINA III. — Fig. 1. Emplumadura del astil. (Medio tamaño natural). — Fig. 2. Punta de flecha de tacuara. (Medio tamaño natural). — Fig. 3. Ligadura de la punta con la segunda pieza, visto del costado. (Medio tamaño natural). — Fig. 4. Vista de la punta con la segunda pieza, de frente. (Medio tamaño natural). — Fig. 5. Insercion de la segunda pieza en el astil. (Medio tamaño natural). — Fig. 6. Trozo del arco con la envoltura de librillo. (Tamaño natural).
